

Prólogo

Rosshaven Castle

Highlands Escocesas

Febrero de 1785

Sarah recorrió con los dedos los lomos de una colección de cuentos para niños mientras esperaba a que su padre compartiera con ella sus preocupaciones. Para su sorpresa, Lachlan MacKenzie, duque de Ross y tiempo atrás famoso libertino de las Highlands, relleno con torpeza su pipa. Sus manos temblaban tanto que su anillo de sello destelló a la luz de la lámpara. Su querido rostro, con un tosco atractivo acentuado por el paso del tiempo, reflejaba ahora la lucha que se desarrollaba en el interior de su bondadoso corazón.

La tristeza de su padre había empezado aquel día de invierno, y Sarah deseaba desesperadamente ayudarlo a aliviar el peso de su pérdida. Le tocó el brazo.

—Agnes y yo solíamos pelear por el privilegio de hacer eso. Deja que te rellene la pipa.

Sus anchos hombros se hundieron al soltar el aliento de golpe.

—Yo no soy tu... —Se detuvo y la miró fijamente. El cariño, inmutable y cálido, inundaba sus ojos. Con un evidente esfuerzo, se obligó a hablar—. No soy tu padre.

Aunque sabía que le había entendido mal, Sarah se quedó sin aliento. Él había actuado de manera extraña cinco años

antes cuando su hermanastra Lottie contrajo matrimonio con David Smithson.

Cuando otra de sus hermanastras, Agnes, se marchó de casa en una búsqueda sin sentido, él sufrió durante meses. El día que Mary exigió su dote, para poder irse a Londres a perfeccionar sus dotes artísticas con Sir Joshua Reynolds, su padre vociferó y despotricó hasta que su madrastra, Juliet, acudió al rescate. Su debilidad como padre era consecuencia del amor que sentía por sus hijos, sobre todo por las mayores, sus cuatro hijas ilegítimas: Sarah, Lottie, Agnes y Mary.

En esta ocasión Sarah estaba segura de que estaba irritado por su inminente matrimonio con Henry Elliot, conde de Glenforth, un hombre que su padre creía que no la haría feliz. Sin embargo, Sarah había tomado una decisión y estuvo refusingo durante meses las objeciones de su padre.

Tenía que tranquilizarle otra vez.

—El hecho de que me case con Henry en primavera y de que me vaya a Edimburgo, no significa que deje de ser tu hija.

Los ojos azules de él se inundaron de tristeza.

—Dirás que soy el mayor cobarde de la Highlands, pero si por mí hubiera sido antes me hubiera convertido en inglés que confesarte la verdad. ¡Oh, Sarah, cariño!

Sarah, cariño. Ésa era la forma cariñosa que tenía para dirigirse a ella. Su voz y esas palabras eran los primeros sonidos que recordaba; incluso desde la cuna.

—¿Confesarme qué, papá? ¿Qué no puedo ser a la vez, hija, esposa, hermana y madre? No soy como Agnes. No voy a abandonarte, pero quiero tener mi propia familia.

Su padre era un hombre dominante, tanto por su estatura como por su influencia, pero ahora parecía inseguro. Le acarició la mejilla.

—Nunca has sido realmente hija mía, hija de mi sangre.

Ella se apartó.

—Eso es mentira.

Una sensación de irrealidad flotó en el aire. ¡Por supuesto que era su padre! Después de que su madre muriera a consecuencia del parto, él sacó a Sarah del hospicio de Edimburgo y la crió junto con sus hermanastras. Era una historia tan romántica que cualquier poeta hubiera podido hacer maravillas con ella. De la nobleza se esperaba que dejara a sus descendientes ilegítimos al cuidado de los criados. Lachlan MacKenzie no lo hizo. Acogió a sus cuatro hijas bastardas bajo su ala y se ocupó personalmente de su educación.

Un «no» categórico acudió a sus labios.

Él la cogió de la mano. La suya estaba húmeda. Su cariñosa sonrisa era vacilante.

—Es absolutamente cierto. Lo juro por mi alma.

Las palabras de protesta se desvanecieron. Sarah le creyó.

Preso de un dolor tan agudo que le impedía respirar, liberó su mano y buscó refugio junto a la estantería, al lado de las ventanas.

Por el rabillo del ojo le vio acercarse una vela a la chimenea y encender la pipa. Tenía la sensación de haberse vuelto de piedra, convertida en un elemento más de la estancia, tan propio de ésta como los libros, los juguetes del suelo o el tapiz que enmarcaba la chimenea. Éste era su hogar, su casa. Sus garabatos habían manchado esas paredes. Sus zapatos habían desgastado la alfombra. Aquí había recibido las reprimendas, seguidas de la alegría del perdón.

—No es posible que creas que no te quiero como si fueras mía.

Pero no lo era. Apretó los puños sobre las páginas abiertas de la Biblia familiar e hizo un esfuerzo por conseguir que el aire penetrara en sus pulmones. El familiar aroma del tabaco le infundió valor.

—¿Cómo es posible que no seas mi padre?

—Me he expresado mal. —Golpeó la pipa contra el manto de la chimenea y se acercó a ella con las manos extendidas—.

A todos los efectos lo soy. Eres hija mía, pero... —su mirada se desplazó a la Biblia—, no soy tu padre.

—¿Quién es? —se oyó preguntar ella, como si no formara parte de la conversación.

Otra nube de tristeza enturbió los ojos de él.

—Neville Smithson.

Neville Smithson. El sheriff de Tain, un hombre al que Sarah conocía de toda la vida. Vivía en el otro extremo de la calle. Ella era quien había enseñado a leer a sus hijos. Se tocó distraídamente el collar de cuentas de oro que rodeaba su cuello. Neville se lo había regalado cuando cumplió veintiún años. Lottie estaba casada con David, el hijo de Neville. Menos de una hora antes ambas familias habían estado en el cementerio, en el entierro de Neville Smithson.

Los médicos dijeron que había sido el corazón. Le falló mientras presidía las sesiones del Tribunal de Justicia. Murió en brazos del duque. Su inesperada muerte —que había sido un duro golpe para los habitantes de Ross y Cromarty—, adquiriría ahora un mayor significado para Sarah.

Ella no era uno de los queridos hijos de Lachlan MacKenzie ni una de sus hijas bastardas. Todo el mundo sabía que era ilegítima, siempre lo habían sabido. Pero Lachlan había presentado al mundo a sus muchachitas, como él las llamaba, como a sus queridas hijas. Y pobre del que se burlara.

Sarah pensó en sus hermanastras. Para ocultar los detalles de sus nacimientos y acallar las especulaciones, todas ellas compartían un cumpleaños común, aunque tuvieran madres diferentes. Él alardeaba de que eran el resultado de su primera visita a la Corte como duque de Ross.

—¿Eres el padre de Mary, Lottie, y Agnes?

—Sí, pero eso no cambia nada. En mi corazón tú eres su hermana e hija mía.

A los diez años, Sarah dio un estirón. Tenía la misma edad que Lottie, Agnes y Mary, pero era mucho más alta que ellas.

Otras diferencias adquirirían ahora mayor significado. Sarah siempre había sido tranquila y le gustaba leer. Lottie aseguraba a menudo que Sarah no necesitaba ir a la Corte con ellas ya que se divertiría más en la biblioteca. Sarah había sido una niña tímida; en la adolescencia fue apocada, no por falta de inteligencia, sino porque sus hermanas eran mejores líderes que ella. Ahora todas se habían marchado para vivir su propia vida. Ella no tardaría en hacer lo mismo.

La confesión de su padre era curiosamente oportuna.

—¿Por qué has esperado hasta ahora para decírmelo?

Él cruzó los brazos sobre el pecho.

—Fue el último deseo de Neville. Tú todavía llevabas pañales cuando te adopté como hija. No supo de tu existencia hasta que tuviste seis años, cuando vinimos a vivir aquí. Cuando se lo dije ambos estuvimos de acuerdo en que era mejor que no lo supieras.

—¿Por qué?

—Temimos que tu vida pudiera parecerte una mentira.

Sarah sentía tanto frío como si estuvieran en las mazmorras en vez de en ese cálido santuario.

—Fue cambiar una mentira por otra, papá.

El cariñoso apelativo le quemó los labios. Él solía elogiar su madurez y su sensatez. Sin embargo, en lo más profundo del corazón, no debía opinar lo mismo ya que no había confiado en ella lo suficiente para contarle la verdad. Hasta ahora.

La sensata Sarah. En ese momento no se sentía nada racional.

La traición hizo explotar su ira.

—¿Cómo debo llamarte a partir de ahora? ¿Excelencia?

La tristeza le deformó el rostro, pero su determinación era tan fuerte como siempre.

—No te enfades. Lo hicimos por tu bien.

—Si la mentira tiene corazón, late con el ritmo del diablo.

—Sarah, cariño...

Ella levantó la mano como si así pudiera detener sus palabras.

—No soy tu Sarah. Mi padre está... está muerto.

El dolor le impedía respirar. Neville Smithson le había confiado a sus hijos para que les enseñara, pero le había negado lo más importante: una familia de su propia sangre. Y ahora era demasiado tarde para mirarle a los ojos y preguntarle por qué no la había reconocido.

Las consecuencias eran infinitas y desconcertantes.

—Soy la madrina de dos de mis propias hermanas.

—Y ejerces una buena influencia en los hijos menores de Neville.

Los hijos de Neville; sus hermanos... aunque Lachlan MacKenzie pensara en ella como su hija. Sarah no sabía que creer.

—Pero ellos no saben que soy su hermana.

—Se lo diremos.

¿Cómo? Se preguntó ella sintiendo tambalearse su orgullo. Pero a ellos no les perjudicaría, ¿verdad? David, el hijo y heredero de Neville, seguramente se alegraría y esperaría que Sarah se pusiera de su lado en sus discusiones con Lottie. ¿Qué dirían los más pequeños? ¿La mirarían de modo diferente?

—¿Neville quería que se lo dijeras?— preguntó ella.

—No hubo tiempo. Dios se lo llevó rápidamente. Habló de su esposa y luego de ti.

La información ni la alegró ni la entristeció. Se sentía entumecida.

—Siempre fuiste muy distinta de mis otras muchachitas.

Eso era cierto, pero Lachlan había querido a cada una de sus hijas por igual. Con Agnes y Mary había hecho gala de una gran paciencia. Con Lottie de comprensión.

A Sarah le mintió. Y lo que era peor, le juró que era la viva imagen de la madre del duque, una MacKenzie, lo cual era imposible.

Sarah hizo acopio de valor.

—Todo era mentira. ¿Mentiste también sobre mi madre?

—No. Tu madre era Lilian White, la hermana de mi querida Juliet.

La madrastra de Sarah era además su tía, situación que había provocado muchos celos entre sus hermanas. Y sin embargo, durante todo ese tiempo era Sarah quien tenía una razón insospechada para envidiarles a ellas sus lazos de sangre con Lachlan MacKenzie. Ella tenía casi seis años cuando Juliet White llegó a Escocia para buscar a la hija de su hermana. Después de conseguir el puesto de institutriz de las cuatro niñas ilegítimas, conquistó la pasión y el amor de Lachlan MacKenzie. Poco después le dio la primera de sus otras cuatro hijas y un heredero. Tres de las niñas sobrevivieron. Ellos eran los hermanos pequeños de Sarah.

Aunque en realidad no lo eran. Sus verdaderos hermanos vivían en la casa de los Smithson al final de Clan Row.

Echó una ojeada al retrato de familia, colgado en la pared de enfrente. No era el mejor trabajo de Mary, pero sin lugar a dudas se trataba del más entrañable hasta ese momento; el cuadro representaba a los MacKenzie descansando en la ribera del lago Shin. La vida era fácil en aquellos tiempos.

Una de las hermanas, Virginia, que desgraciadamente había sido secuestrada, estaba representada como un ángel que asomaba detrás de un serbal. El día que la familia abandonó la esperanza de encontrar a Virginia fue el más triste de la vida de Sarah. Hasta ahora.

Aquel dolor había desaparecido. Al igual que lo haría éste, se juró Sarah. Pero tenía que saber más cosas sobre su padre.

—¿Tuvo alguna otra palabra para mí?

—Neville te quería. Te dejó diez mil libras.

Aquel fue el golpe final; Lachlan MacKenzie, el único padre que había conocido, creía que se la podía comprar. Algo empezó a marchitarse dentro de Sarah. Quería escapar, acurrucarse en la oscuridad y llorar hasta que el dolor disminuyera.

Pero la cobardía no era propia de ella. Tenía casi veintitrés años y pronto emprendería una nueva vida como condesa de Glenforth. Ésa sería su salvación del doloroso mundo en que se habían convertido esa estancia, ese momento y su vida.

Llevas el sello de los MacKenzie, Sarah cariño.

Mentira. No había ni una gota de sangre MacKenzie circulando por sus venas.

En realidad había sido engendrada por un hombre que había brindado por ella en todos sus cumpleaños y la había ido a ver cuando estaba enferma. Un sheriff apellidado Smithson y no un duque apellidado MacKenzie. Un hombre que había sido sepultado esa mañana, un hombre que quería comprar su perdón desde la tumba.

La cruel verdad se le clavó hasta los huesos.

—Neville Smithson me dejó un dinero manchado de culpabilidad.

—No. Eres la misma Sarah MacKenzie de siempre. Yo no habría renunciado a ti aunque... —Lachlan dio un golpe a la Biblia—. No habría renunciado a ti.

Aunque Neville lo hubiera pedido, terminó ella mentalmente. Neville Smithson no la había querido. Era adecuada para desempeñar el papel de institutriz de sus otros hijos, pero no el de hija.

El recuerdo de su hermoso rostro surgió en su mente, una imagen que tenía grabada en la memoria. Su padre era un sheriff imparcial y honesto, con la belleza de un arcángel, Neville Smithson, un plebeyo.

Agarró el collar que él le había regalado y se lo arrancó. Una lluvia de cuentas doradas cayó sobre la alfombra y se dispersó bajó los muebles.

—¡Sarah! Es tu collar preferido.

Estaba hecho añicos. Igual que se sentía ella.

—¿En qué estás pensando?

El sonido de la voz de Lachlan la sacó del letargo en el que se había sumido su mente.

—Creo que debo ir a Edimburgo a decírselo a Henry. —Sí, Henry y una nueva vida.

—Iré contigo.

La negativa fue inmediata.

—No. Me llevaré a Rose.

Su doncella era compañía suficiente.

Él suspiró derrotado.

—Si Glenforth no te trata bien, o te desprecia, haré que desee haber nacido en Cornualles.

Tal declaración era tan típica de él que Sarah sonrió. Pero su alegría no tardó en desaparecer. No se le había ocurrido que Henry pudiera hacer otra cosa que aceptar la noticia de buena gana. Su madre, lady Emily, no iba a ser tan generosa, pero por lo general, en las discusiones con su familia, prevalecía la opinión de Henry.

Sarah sólo se llevaría a Edimburgo la dote de MacKenzie. Hacía meses que Lachlan le había prometido veinte mil libras y puesto su sello en el contrato de matrimonio. En lo que a ella respectaba, el dinero de Smithson podía pudrirse; ni el rescate de un rey bastaría para conseguir que lo perdonara. Con la ayuda de Henry, curaría las heridas que Lachlan MacKenzie y Neville Smithson le habían ocasionado.

—Recoge el collar, Sarah.

—No. No quiero volver a verlo nunca.